

septiembre. Finalmente, recibí un mensaje que le ponía fecha a nuestra reunión. Un automóvil del Kremlin pasó por “el camarada Ramírez”, me introdujo rápidamente por las puertas del Kremlin sin que lo detuvieran para la revisión de rutina del pase de entrada y me depositó en un antiguo pero renovado edificio que se distinguía del resto. Tuve que enseñar mi pase de entrada a los guardias armados que estaban en la entrada, y a otros más en varias partes, en la medida que avanzaba en mi recorrido escoltado hacia el interior: al entrar y salir de los elevadores, por los largos pasillos y en las numerosas habitaciones llenas de actividad. Me pidieron que esperara frente a una pesada puerta de roble, mientras mi escolta desaparecía en el interior. Transcurrido un minuto abrió la puerta y me introdujo a la oficina, obviamente la de Lenin. Me dejó ahí solo, y cerró la puerta al salir. Era una oficina amplia y ventilada, pero de negocios. Vi varios teléfonos, un montón de papeles muy bien ordenados sobre un escritorio pulido, un mapa del mundo colgado en la pared, fotos de Marx y Engels, un librero, sillas para los visitantes: cerca de la ventana, un pequeño sofá love seat.

Lenin entró por una puerta lateral. Estrechó efusivamente mi mano, y nos sentamos juntos en el sofá. Cuando se inclinó hacia mí, acercando su larga y cóncava cabeza, me sorprendió el contraste entre su piel rosada y pecosa y sus pómulos tártaros y ojos rasgados (la familia de Lenin provenía de la región de Kazan, donde abundaba la sangre tártara). De vez en cuando, uno de sus ojos se cerraba, sugiriendo que podía tener problemas con él. Sin perder el tiempo en preámbulos convencionales, dijo que había accedido a verme porque yo era del Partido Mexicano. Sabía que México había realizado una revolución burguesa y que los campesinos estaban exigiendo la tierra, pero sólo tenía una